

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL PROFESOR CASTEJÓN

RODRIGO POZO LORA
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Es un gran honor para mí el que me encargara esta Real Academia una glosa de mi querido maestro en la Facultad de Veterinaria, Don Rafael Castejón y Martínez de Arizala, con motivo del centenario de su nacimiento. Soy un discípulo lleno de gratitud por haber tenido la dicha de tenerlo de profesor en la licenciatura de veterinaria, en el doctorado después, en varios viajes de estudios, en el Departamento de Zootecnia (después Instituto de Zootecnia) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en las bodas de plata de mi promoción, y en tantas y tantas otras ocasiones en la Facultad de Veterinaria y en su propia casa. Siempre fue el profesor querido, respetado y admirado, que dejó en todos sus alumnos una profunda huella.

D. Rafael Castejón pertenecía a una generación de profesores de Veterinaria, junto con Saldaña, Infante, Aparicio y Martín, que protagonizó un cambio en los estudios de Veterinaria en España y especialmente en Córdoba, que condujo al traslado del centro desde la calle Encarnación Agustina al singular edificio de la Avenida de Medina Azahara, y en 1943 a la transformación de la Escuela Superior en Facultad. Don Rafael Castejón dio prestigio a este impulso y participó activamente en la terminación del nuevo edificio. Yo empecé los estudios en 1943, recién ingresados los estudios de Veterinaria en la Universidad. Tuve la fortuna de poder participar, siendo alumno y después profesor, del magisterio excepcional de don Rafael.

Don Rafael Castejón fue el profesor de la Facultad de Veterinaria que más estimaban y querían los alumnos. Poseía unos profundos conocimientos de su especialidad, Patología Infecciosa y Parasitaria, y una cultura vastísima y sobre todo arábigo-andaluza. Tenía conocimientos y los sabía exponer con precisión y preciosismo al mismo tiempo que con cierto barroquismo, utilizando la palabra justa, casi siempre clásica e incluso onomatopéyica, expresada con una oratoria brillante, sentenciosa, salpicada de anécdotas. Por ello sus clases y sus conferencias eran siempre magistrales. El alumno queda embelesado y cautivado, adquiriendo

los conocimientos de forma fluida, intensa, satisfactoria y sencilla; sin sentir esfuerzo. Enseñaba a los alumnos a preparar los temas y a exponerlos; enseñaba a hablar. Él corregía oportunamente, siempre con la cita oportuna y con un torrente de conocimientos no sólo del tema especial que se trataba sino de múltiples cuestiones que matizaba con su prodigiosa cultura y la majestad de su magisterio, que con su porte señorial, su voz sonora y su profundidad de su pensamiento, las clases eran realmente extraordinarias. Nunca pasaba lista, y la clase estaba al completo; entraban hasta de otros cursos, se iba a aprender, no a aprobar; no suspendía. Los errores incluso barbaridades que pudiera decir el alumno, nunca eran ridiculizados, los corregía como posibilidades extremas y acababa precisando el concepto. Recuerdo que en una ocasión un alumno dio una dosis medicamentosa para un caballo excesivamente grande, y Don Rafael corrigió “que si el caballo era muy grande, muy grande, casi como el de Troya, sería posible, pero que generalmente la dosis era mucho menor”. Los ejemplos e incluso en ocasiones la mímica redondeaban la explicación, haciéndolo fácil de comprender y mejor de recordar. Tratando un día una enfermedad parasitaria del pavo, la histomoniasis por *Histomonas meleagridis*, su mano con los dedos reunidos y el brazo casi vertical sobre la mesa, daba los síntomas, sus lesiones y para la etimología de los términos científicos recordaba la historia de Meleagro muerto y sus hermanas llorando; al cabo de casi cincuenta años aún perdura imborrable en mi memoria.

En un viaje de estudios por la cornisa cantábrica, Galicia y León, nos acompañó Don Rafael. Hablaba de la ganadería, de la agricultura, de los castillos, de los palacios, de las ciudades, de la historia y de la leyenda; todo lo conocía y lo explicaba con amenidad. Recuerdo que se quejó, yendo en el autobús, de que estaba torturado por no acordarse en el momento de hablar del nombre científico de una planta vista sobre la marcha. En León, solemnemente le impusieron una medalla y pronunció una conferencia sobre Medina Azahara, una de las mejores conferencias que le escuché; lo presentó Don Juan Rof Codina, ilustre veterinario catalán-gallego que luego nos acompañó por Galicia, y resaltó los conocimientos de Don Rafael como veterinario y como arabista, y él contestó, como otras veces, “que era hijo del ambiente, y en Córdoba había piedras y caballos”.

En 1952 se creó en la Facultad de Veterinaria el Departamento de Zootecnia del C.S.I.C., por la gestión fundamental del entonces joven profesor Diego Jordano, y recayó en Don Rafael la dirección, por su prestigio y por la conocida orientación, aportaciones y defensa de la Zootecnia como rama veterinaria, que siempre tuvo e hizo Don Rafael. Un grupo de becarios de investigación nos agrupamos para trabajar con ilusión aunque sin medios. Se celebraban reuniones semanales, los jueves, donde discutíamos las investigaciones que llevábamos en curso, con los problemas y sus resultados. La armonía de la reunión, el buen hacer y la libre expresión, eran la tónica de aquellas inolvidables sesiones presididas por la experiencia de Don Rafael; aprendimos a dialogar, a defender nuestros postulados con argumentos objetivos, a crear hipótesis de trabajo, a experimentar, a utilizar la estadística, a aprender unos de otros, etc. En una ocasión hubo tensiones por algún problema y Don Rafael me dijo: “Rodrigo, no te preocupes; hasta las rosas tienen espinas”.

En una de las primeras sesiones y cuando se inició la andadura del Departamento

de Zootecnia, recuerdo que fue Don Rafael el que matizó el nombre la revista científica que íbamos a publicar y que hoy tiene 42 años, *Archivos de Zootecnia*. Ya había intervenido activamente en la creación y marcha de otras revistas profesionales. Tuvo bastante actividad periodística y política.

Cuando se jubiló y con motivo de un congreso, Tercera Semana Nacional Veterinaria, se editó un *libro homenaje* en su honor, donde veintinueve autores le dedicaron sus trabajos, y en las primeras páginas publicó unas notas autobiográficas, magistrales como suyas, que ayudan a conocerlo y a quererlo. Los Colegios Oficiales de Veterinarios de Andalucía, también con motivo de su jubilación, crearon una beca de investigación con su nombre, que precisamente conseguí yo.

En Don Rafael destacaba su personalidad sobre cualquier posible encasillamiento de profesor, investigador, arqueólogo, académico, orador, etc. Fue un personaje brillante, por su peculiar grandeza, claridad de pensamiento y polivalencia de sus saberes. Una de las últimas entrevistas que le hizo la prensa local llevaba como título "Don Rafael Castejón, el último sabio vivo", y es que Don Rafael era realmente sabio, en su expresión casi renacentista. La compleja personalidad de un hombre no puede expresarse en una frase de circunstancias, pero quizás sea que Don Rafael era un sabio la que mejor lo califique.

Amaba la belleza y la vida. Un día íbamos los dos en mi coche y le dije que si quería conducir él; me contestó que él no conducía porque ello le privaría de ir viendo la belleza a su alrededor.

Hoy, entre mirtos, naranjos y rosas, Don Rafael Castejón está en bronce sobre mármol blanco en el jardín de la Facultad de Veterinaria, como mirando a quien pasa y dejando a sus espaldas el bellissimo edificio regionalista que él colaboró a levantar. Ya es un mito (aunque lo fue en vida, estuvo presente en la inauguración del monumento), y allí está y estará dando el ejemplo de su trayectoria y valía de maestro a las nuevas generaciones que van atravesando cada año el umbral de la Facultad de Veterinaria.